

## El Buenos Aires de Borges

---

**B**uenos Aires tuvo muchos poetas que cantaron sus calles y escritores que recrearon sus barrios, pero sin duda fue Jorge Luis Borges el único que lo hizo obteniendo una audiencia universal. El prestigio obtenido por su obra en todo el mundo logró que la ciudad Buenos Aires alcanzara en la literatura el carácter legendario de la Praga de Kafka, el Dublín de Joyce, o la Lisboa de Pessoa.

El Buenos Aires de Borges no fue simplemente el telón de fondo de gran parte de su obra, sino la materia de la que ésta se alimentó en enorme medida. Su literatura –sobre todo su primera poesía– nació de la emoción que le produjo el descubrimiento y la contemplación de sus barrios. Luego, muchos de sus cuentos se inspirarían en personajes e historias de los arrabales porteños de fines del siglo pasado, o se desarrollarían en los barrios de la ciudad en la primera mitad de este siglo. Hasta sus más profundas reflexiones metafísicas, como la “Nueva refutación del tiempo”, nacieron de una experiencia en una calle pobre de Palermo. De todos los temas que abarcó su creación, pocos persisten a lo largo de toda su obra como la ciudad de Buenos Aires.

Borges y Buenos Aires son dos productos únicos, nacidos ambos de la amalgama de culturas europeas con hábitos argentinos, en este sitio del mundo que alguien llamó acertadamente “puerto de extremo occidente”. La originalidad de Borges se debe, pues, en buena medida, a la originalidad de la ciudad en que vivió. Él mismo lo entendía así: “Si hubiera nacido en cualquier parte... en Yorkshire, un lugar más lindo que éste, no sería yo el que hubiera nacido allí, sino otra persona.”

Buenos Aires cría (crea) a Borges, y Borges re-crea a Buenos Aires, hasta llegar a inventarle una nueva fundación, poética y excéntrica (*OC* 1: 81). De tal forma, hay un Buenos Aires que sólo es visible a partir de sus textos; esa ciudad que surge de sus primeros poemas como pintada por De Chirico: una ciudad de calles rectas y solitarias, con trozos de arquitectura tirados sobre la llanura, con horizontes incandescentes, y casi sin personajes, sino austeras y huidizas siluetas.

Para Carlos Fuentes,

el primer narrador totalmente centrado en la ciudad, hijo de la urbe que corre por sus venas con palabras, rumores, silencios y orquestaciones de piedra, pavimento y vidrio, es Borges. Quien conoce Buenos Aires sabe que el más fantástico vuelo de Borges ha nacido de un patio, de un zaguán o de una esquina de la capital porteña. Pero quien conoce Buenos Aires también sabe que acaso ninguna otra ciudad del mundo grita con más fuerza: “¡Verbalízame!”

Bajo el título *El Buenos Aires de Borges*, este estudio pretende evocar los lugares de la ciudad ligados a la vida y a la obra de Jorge Luis Borges. Es decir, por un lado, las casas donde vivió y donde escribió sus libros, los barrios que gustaba recorrer en sus largas caminatas, las dos bibliotecas públicas en que trabajó tantos años, las librerías que frecuentaba, los cafés donde se reunía con sus amigos. Por otro lado, se trata de registrar los lugares de la ciudad que están presentes en su obra: las calles suburbanas de sus poemas, las casas y los barrios en que transcurren sus cuentos, y hasta los rincones imaginarios que creó en sus ficciones.

El primero de esos dos Buenos Aires, el que fue demarcando a lo largo de todo el siglo como su territorio de vida, concierne más al Borges civil que al célebre escritor, del cual él mismo quiso siempre tomar distancia:

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. (OC 2: 186)

Puede decirse que este último Borges, el escritor cien veces laureado, el aristocrático señor de traje oscuro y bastón, el conferencista erudito, fue la profesión ejercida en su madurez por un muchacho porteño seducido por los barrios humildes, bromista, infatigable lector, tímido, desdichado en amores, bebedor de caña en oscuros cafetines, y aficionado a los tangos de la guardia vieja.

Con (Francisco Luis) Bernárdez salíamos a explorar Buenos Aires, siempre en sábados o domingos. Llegábamos en la madrugada a Puente Alsina o al fondo de la Chacarita o al barrio de Saavedra, donde vivía Xul Solar. Allí nos palparon de armas dos veces porque entre Cabildo y la estación que ahora se llama Rivadavia, se extendía una zona muy brava. Había un gran monte de ombúes, una rancharía, el arroyo Medrano y, atrás, una chacra. ... Éramos muy jóvenes y con Bernárdez, no sé si esto debo confesarlo, estuvimos (yo mucho más que él) a punto de convertirnos en borrachos, porque nos parecía que así éramos más criollos y porteños. (Vázquez)

Obviamente, ambos Borges, el privado y el público, fueron las dos caras de una misma moneda: opuestos pero inseparables; distintos, pero una sola cosa. Aunque, en los últimos años, el incesante candidato al Nobel, terminó colonizando al discreto peatón, impedido de seguir siéndolo, por la fama, la vejez y la ceguera. De allí el método elegido para este trabajo: seguir biográficamente los pasos de Borges por Buenos Aires, rastreando luego las secuelas en su obra, y, paralelamente, descubrir en sus páginas los lugares concretos de su existencia.

El propio Borges, cuando se propuso contar la vida de otro poeta de Buenos Aires –Evaristo Carriego– eligió ese sistema: la evocación de los lugares donde solía vérselo. Esas “frecuencias de su vivir”, afirmó, “son actos comunísticos, pero el sentido fundamental de *común* es el de compartido entre todos. Esas frecuencias que enuncié de Carriego, yo sé que nos lo acercan” (OC 1: 119).

Del mismo modo, seguir a Borges por las calles de Buenos Aires, nos permite ver al gran escritor a una escala humana, y entender mejor la mirada poética que posó sobre la ciudad.

### *La ciudad en su vida*

Borges vivió en su ciudad natal durante casi todo el siglo. Sin embargo, el Buenos Aires que instintivamente se asocia a su nombre es el Buenos Aires antiguo y el de los barrios alejados del centro. Esa es la ciudad que conservó en su memoria y la que encontramos en su obra.

Se pueden distinguir distintas etapas de su relación con Buenos Aires y, consecuentemente, la forma en que impregnan su literatura.

En un principio está el niño, ‘Georgie’ –como se lo llamaba entonces– que pasa los días encerrado, leyendo en la biblioteca de su padre, y que sólo ve la ciudad desde el jardín de su casa, o a través de la ventanilla del tranvía durante las salidas con su familia. A esa información casi exclusivamente visual, se agrega entonces la que recibe en el salón de su casa, escuchando las conversaciones de los mayores. Entre los amigos de su padre que allí suelen contar sus historias, están dos de los más agudos observadores de Buenos Aires: Evaristo Carriego y Macedonio Fernández.

Sin sospechar aún el magnetismo que la ciudad ha comenzado a ejercer sobre su espíritu, a los 14 años parte a Europa con su familia. En el tiempo que permanece allí, la curiosidad por Buenos Aires crecerá incesantemente.

A los veintiún años, vuelve ansioso de reencontrarse con esa ciudad que ha fermentado en su imaginación. Por entonces, los porteños se enorgullecen de la imponente metrópolis que brota en el centro. A Borges no le interesan esas avenidas y esos edificios inspirados en los que acaba de ver en París o en Madrid. El joven poeta quiere ver el Buenos Aires profundo, rioplatense, pampeano, el que se hace solo, sin consultar a los europeos, en los bordes de la ciudad.

Borges da vuelta el tapiz que todos admiran, y descubre el revés de la trama: el suburbio es indigente, rústico, esencialmente “antiestético”. Pero Borges “lo siente”, y sabe que donde hay emoción hay belleza, que si el arrabal es patético, es poético. Crea así una nueva estética de ese paisaje, tan ignorado hasta entonces que le basta nombrarlo en voz alta para poetizarlo: “Nombrar, en los comienzos de una literatura, equivale a crear”, reconoce ya en 1926, en un artículo aparecido en el diario *La Prensa*.

Ese interés de Borges por los barrios de Buenos Aires nace en buena medida de Carriego, el poeta que veinte años antes había descubierto “las posibilidades literarias de los desacreditados y humildes suburbios de la ciudad...”, como declara Borges en el *Autobiographical Essay*.

Carriego murió a los 29 años, dejando un solo libro de poemas publicado. Al evocar su propia adolescencia, Borges cuenta que al viajar a Suiza, había llevado un ejemplar de ese libro, que el propio Carriego había obsequiado y dedicado a su padre, y agrega: “allí lo leí y releí” (*Autobiographical*).

El Borges que descubre los barrios de Buenos Aires es el joven veinteañero que escribe poemas ultraístas saturados de metáforas; aquel que buscaba

con ingenua fe platónica  
por las largas aceras de la noche  
del Sur o en la guitarra de Paredes  
o en fábulas de esquina y de cuchillo  
o en el alba, que no ha tocado nadie,  
la secreta ciudad de Buenos Aires.” (OC 3: 302)

Ese muchacho culto y de buena familia, deambula entonces por los arrabales y espía los bajos fondos de la ciudad, donde bulle el tango recio y prostibulario. Busca –un poco por rebeldía, pero también por instinto poético, obedeciendo a su emoción– el Buenos Aires argentino, el que se funde con el campo, el que no puede ser confundido con París. Hay en esto un impulso nacionalista, o mejor dicho, argentino, porteño, que el propio Borges llama “criollismo”.

“A los criollos les quiero hablar: a los hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna están en Europa”, comienza diciendo en su libro *El tamaño de mi esperanza*, escrito a sus 25 años, y al que más tarde desheredó, impidiendo en vida toda reedición.

Pero entonces, emocionado por la singularidad de su ciudad, reclama, con acriollada ortografía, una poética a su altura:

Nuestra realidá vital es grandiosa y nuestra realidá pensada es mendiga. Aquí no se ha engendrado ninguna idea que se parezca a mi Buenos Aires, a este mi Buenos Aires innumerable que es cariño de árboles en Belgrano y dulzura larga en Almagro y desganada sorna orillera en Palermo y mucho cielo en Villa Ortúzar y proceridá taciturna en las Cinco Esquinas y redondel de pampa en Saavedra. (13)

Más tarde, en los años 30 y 40, vemos al hombre maduro que construye una importante obra literaria con los temas más universales, al tiempo que descubre la densidad de los barrios del sur, cuyo aire grave le servirá magníficamente para ambientar varias de sus historias más famosas.

Sus largas incursiones a pie serán el mejor medio para observar la ciudad en detalle, para “sentirla” –como gustaba decir– y para fotografiar con su retina los paisajes que luego fijará en versos y cuentos.

“Georgie era un desaforado caminador. Batía todos los rumbos de la ciudad. En especial los arrabales”, dirá Ulyses Petit de Murat, uno de sus más cercanos amigos de entonces.

A mediados de los años 50 comienza la leyenda de Borges, cuando alcanza su sueño de vivir en un universo de libros infinitos: en 1955 es designado director de la Biblioteca Nacional, y ese mismo año pierde definitivamente la vista. Sus ojos ya no pueden ver los libros ni la ciudad, pero ambos ya están fijados minuciosamente en su memoria, y de ella seguirán brotando –aunque anacrónicos– textos y poemas que llenarán aún varios volúmenes.

Finalmente, llegamos al anciano ciego y desdichado, que se consuela componiendo poemas de memoria en la soledad de su cuarto, mientras le lueven los premios y los títulos honorarios desde los cinco continentes.

Este itinerario de vida deja ver el peso que en ella tuvo Buenos Aires: Borges vivió sus primeros veinte años entre libros, y los últimos treinta, entre sombras. En medio de ambos exilios se sitúan las tres décadas en que fue un ciudadano como los otros, en que tuvo trato con todo tipo de gentes y en que vio el mundo real con todas sus formas y colores. Ello ocurrió únicamente en las calles de Buenos Aires.

### ***Buenos Aires en el tiempo***

El Buenos Aires 'real', la metrópolis en que Borges vivió es de presentación problemática: desde el nacimiento del poeta, en 1899, hasta su muerte, en 1986, su existencia cubrió prácticamente todo el siglo XX. Las transformaciones que sufrió la ciudad en ese largo período fueron enormes.

El Buenos Aires en que Borges nace se halla en un proceso de cambios fulminante. En sólo veinte años, la tranquila población de ambiente casi colonial, se convertirá en la segunda ciudad latina del mundo, sólo superada en importancia por París.

Klaus Wagenbach, biógrafo de Kafka, escribió hace algunos años un libro titulado *La Praga de Kafka*, que aún hoy guía al visitante por una ciudad donde poco ha cambiado desde los años del escritor. Eso es casi imposible con el Buenos Aires de Borges, que va desde el tranvía a caballo y un horizonte de casas bajas, hasta las autopistas urbanas y los rascacielos de cristal y acero.

Esa dificultad se ve agravada por la visión retrospectiva que Borges tuvo siempre de Buenos Aires: Aún en las páginas escritas en los años 80, la ciudad de que nos habla casi nunca pasa de 1940.

Esto no significa que ese Buenos Aires de Borges haya desaparecido físicamente. Muchos de los lugares ligados a su vida han cambiado, pero muchos otros perduran en la ciudad y pueden ser visitados. Además, el paisaje del suburbio que nos dejó en sus poemas sigue vivo. Bastará con buscarlo en los fondos de Barracas, Pompeya o Mataderos, o algunos kilómetros al sur o al oeste de la ciudad.

En lo que hace a la obra de Borges, hay allí dos Buenos Aires sucesivos, y bien diferenciados. El primero, el de sus páginas de los años 20, es barrial, suburbano, casi desierto. En sus tres primeros libros de poemas descubre (deja al descubierto) el Buenos Aires de las *orillas*, donde la ciudad se desgarró en barrio pobre, ya con olor a campo, y anda por unos arrabales llamados Palermo, Villa Ortúzar, Almagro o Saavedra. El segundo, presente fundamentalmente en sus cuentos, casi no cruza la avenida Pueyrredón. Es el Buenos Aires antiguo, construido, el de la ciudad vieja: Constitución, el Sur, el Bajo, el Centro. Y si incursiona en Palermo, es porque el barrio ya se ha añejado.

El primero es lírico, raleado, paisajístico y frágil; el segundo, histórico (de historias), denso, misterioso y duro. El primero sale de los textos de Borges. En el segundo, los textos de Borges entran.

Puede decirse que hasta los años 30, Borges inventa una forma de ver la ciudad. En los tres volúmenes de poesía (*Fervor de Buenos Aires*, *Luna de enfrente* y *Cuaderno San Martín*) y en los tres de ensayo (*Inquisiciones*, *El tamaño de mi esperanza* y *Evaristo Carriego*), todos escritos en la década del 20, Borges sorprende con la alta emoción estética que pueden generar los barrios humildes de la ciudad. A través de ellos, muestra Buenos Aires de una manera enteramente nueva, desconocida e insospechada hasta entonces.

En la década del 30 Borges se aleja temporariamente de la poesía y de Buenos Aires, dedicando lo principal de su producción a ensayos y a textos de ficción. Más adelante, la ciudad volverá con fuerza a sus páginas, pero ya no clara y conmovedora, sino oscura y densa, como escenario de relatos truculentos o como móvil de una poesía nostálgica o metafísica. Los barrios ya no destellan en imágenes o metáforas sorprendentes, sino que impregnan tácitamente, con su severa presencia, turbias historias de sangre o relatos fantásticos. En ambos, la atmósfera es tan importante como la trama. A Borges le bastará tan sólo escribir “arroyo Maldonado”, para crear marginalidad social, o “calle Garay”, para imponernos una casa de la burguesía decadente.

Pero en casi todos los casos, la ciudad que Borges muestra en sus poemas de madurez, o que utiliza como escenario de sus cuentos, es un Buenos Aires pretérito, distante en el tiempo, cuatro o cinco décadas – al menos– respecto del momento de su evocación.

Entre la ciudad que Borges vio de niño en 1900, y la que dejó definitivamente en 1985, hay un abismo. Cada década del siglo fue modificando –muchas veces profundamente– su fisonomía y su ambiente social. La apertura de grandes avenidas, el aumento del tránsito, y la masiva sustitución de las viejas casas por edificios de departamentos, transformaron radicalmente la capital argentina. Muy poco de esto, sin embargo, está en la obra de Borges. El poeta había dejado de ver la ciudad desde los años 50. Las amarillentas imágenes fijadas hasta entonces en su memoria fueron las cartas que quedaron en sus manos, y con ellas jugaría hasta el final de la partida.

Pero Borges es consciente de esa distancia:

En aquel Buenos Aires, que me dejó, yo sería un extraño.  
Sé que los únicos paraísos no vedados al hombre son los paraísos perdidos.  
Alguien casi idéntico a mí, alguien que no habrá leído esta página,  
lamentará las torres de cemento y el talado obelisco. (OC 3: 303)

En la mitad de su vida, con la pérdida de la vista, termina su contemplación de Buenos Aires y comienza su evocación. Allí se apaga la luz sobre ese escenario que era Buenos Aires, y a Borges no le quedan más que recuerdos. Inconmovible, en *La Cifra*, libro de 1981, continúa cantando a la ciudad de fin de siglo, en poesías nostálgicas como “Milonga de Juan Muraña” o “Epílogo”.

Pero esa nostalgia de sus poemas y cuentos, no es meramente añoradora, sino destinada muchas veces a poner en perspectiva personajes e historias, para darles densidad y peso. Crea así una canción de gesta, y por lo tanto una gesta, que se transformará en mitología de la ciudad.

### *Amor por Buenos Aires*

Lo que se percibe rápidamente al leer un poema de Borges que habla de Buenos Aires, es el cariño que le producen sus barrios. No alaba nunca las bellezas de tarjeta postal de la ciudad, sino que embellece sus fealdades con la mirada amorosa que proyecta sobre ellas.

Borges no se ocupa de resaltar aquellos lugares ya aceptados como bellos –los parques de Palermo, la gran arquitectura, los monumentos–, ni siquiera de convencernos de la belleza de otras cosas –pobres– a su elección. En su canto a Buenos Aires no hay apología, sino emoción. La belleza que emana de sus poemas sobre Buenos Aires es la belleza de su amor por esas cosas. Dice de ellas, simplemente, que lo emocionan, ni siquiera que son lindas. Es su sentimiento el que es bello.

En ese sentido, su trámite parece inspirado en la sentencia de Alain: “El arte no consiste en describir una cosa bella, sino en describir bellamente una cosa”. Es lo que hace al descubrir la ternura yacente en las cosas simples de la ciudad.

En su alma golpean fuerte las barriadas modestas, sus calles íntimas y familiares como patios. A diferencia de otros poetas, que miraron la ciudad con orgullo y con admiración, Borges contempla sus barrios con una ternura desconocida.

Mi patria –Buenos Aires– no es el dilatado mito geográfico que esas dos palabras señalan; es mi casa, los barrios amigables, y juntamente con esas calles y retiros, que son querida devoción de mi tiempo, lo que en ellas supe de amor, de pena y de dudas. (“A quien leyere”, *Fervor*)

Su Buenos Aires nace de sus sentimientos, por eso dice de cierta calle: “si dejara de verla se moriría” (*OC* 1: 43). Sólo la verán, quienes al mirarla se emocionen como él.

Los poemas de Borges suelen estar vacíos de gentes, pero no son sólo paisajes, calles desgastadas o sufridas, casas austeras. A través de ellas nos está hablando pudorosamente de quienes las pueblan. Califica a la casa de modesta, y a la calle de tierna, pero se trata de hipálages, esa figura retórica que tanto utiliza. Las casas o las calles, se sabe, no tienen sentimientos, sino que los inspiran en los seres humanos. Y el lector siente que lo modesto y lo tierno son sus habitantes.

Al ver el suburbio, la calle pobre abierta hacia la nada, las casitas que hacen estilo sin quererlo, sin retórica, su corazón se emociona como ante una muchacha simple, sin sofisticaciones aprendidas, dueña, sin saberlo, de una gracia personal. Es esa inimitabilidad de Buenos Aires la que nos regala.

A los treinta años, en *Evaristo Carriego*, escribiría una de las más claras confesiones de amor por Buenos Aires, donde junto al paisaje aparece ahora su experiencia con la gente, con la vida de la ciudad :

Porque Buenos Aires es hondo, y nunca, en la desilusión o en el penar, me abandoné a sus calles sin recibir inesperado consuelo, ya de sentir irrealidad, ya de guitarras desde el fondo de un patio, ya de roce de vidas. *Here and here did England help me*, aquí y aquí me vino a ayudar Buenos Aires. (OC 1: 111-112)

Y el poema "Arrabal" es posiblemente la más irrefutable prueba de lo que significaba para Borges su ciudad:

Esta ciudad que yo creí mi pasado,  
es mi porvenir, mi presente;  
los años que he vivido en Europa son ilusorios,  
yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires. (OC 1: 32) <sup>1</sup>

Esta frase de Borges impresiona por su justeza premonitoria. Sobre todo, si pensamos que quien la escribe tiene aún por delante más de cuarenta años de vida. El escritor no duda en afirmar que Buenos Aires era "su porvenir", como si ya supiera que –a pesar de su cosmopolitismo y sus múltiples viajes por todo el mundo– esa ciudad periférica del planeta sería el receptáculo de toda su obra y de toda su vida.

Habiendo pasado Borges los setenta años, su amiga María Esther Vázquez le preguntó: "¿Siempre te importa mucho volver a Buenos Aires?" Borges respondió:

Sí, me importa mucho volver, y aún en algún viaje último, en que yo sabía que no volvía a algo especialmente grato, que volvía a una rutina no demasiado deliciosa. Pero siempre he sentido que hay algo en

---

<sup>1</sup> Esta estrofa final aparece agregada a partir de la edición de *Poemas*, en 1943.

Buenos Aires que me gusta. Me gusta tanto que no me gusta que le guste a otras personas. Es un amor así, celoso. Cuando yo he estado fuera del país, por ejemplo en los Estados Unidos, y alguien dijo de visitar América del Sur, lo he incitado a conocer Colombia, por ejemplo, o le recomiendo Montevideo. Buenos Aires, no. Es una ciudad demasiado gris, demasiado grande, triste -les digo-, pero eso lo hago porque me parece que los otros no tienen derecho de que les guste.

El amor que Borges sentía por Buenos Aires se debió en gran medida a la espontaneidad del contacto con sus habitantes, a la facilidad para la conversación o el encuentro con desconocidos. Solía decir que en Buenos Aires

pasaban cosas lindas (...) Por ejemplo, anteayer vino a verme un muchacho. (...) Me dijo que él quería hablar conmigo sobre un tema que le había preocupado mucho, que era el origen del lenguaje, sobre lo misterioso del lenguaje y luego, seguro que no me dijo cómo se llamaba ni yo le pregunté nada, él no me hizo ninguna pregunta personal, y yo pensé: qué linda ciudad es Buenos Aires en que pueden ocurrir cosas como éstas, cosas que no se imaginan en otro país...  
(*Borges para millones*)

Otra vez dijo: "... lo mejor es la amistad, que todavía perdura en Buenos Aires y que es una pasión, un sentimiento que se ha perdido en otros países..." (*Vázquez*)

Casi al final de su vida hará una clara confesión:

Pienso que hay algo esencialmente porteño en mí, más allá de mis opiniones. Debo esa convicción a un hecho secreto. Últimamente he viajado mucho, y me ha gustado mucho descubrir ciudades, aunque las descubra a través de otros ojos, porque estoy ciego. Pero sin embargo, todas las noches tengo sueños muy distintos, y en mis sueños siempre estoy en Buenos Aires. Por ejemplo, recuerdo muy bien uno: sueño con un lugar de sierras y pantanos, y en esos cenagales hay escaleras y andamios, lo cual no es natural ¿no? Hay árboles y maleza, pero en el sueño sé que esa es la esquina de Bolívar y Chile, por ejemplo, o que esa es la esquina de Arenales y Bulnes. A veces son pesadillas, a veces sueños placenteros, pero siempre ocurren en lugares muy precisos de Buenos Aires. Quiere decir que hay algo esencial en mí que no viaja, ya que los sueños, se supone que los crea uno, y en los sueños no salgo nunca de Buenos Aires. (*Barbin*)

*Carlos Alberto Zito*  
*Buenos Aires*

### *Obras citadas*

- Barbin, Christina. Entrevista a Borges en el diario *Los Andes*, de Mendoza. *Borges para millones*. Buenos Aires: Corregidor, 1997.
- Borges, Jorge Luis. *Autobiographical Essay*. Ed. Norman Thomas di Giovanni. *The New Yorker* (19 -9-1970).
- Borges, Jorge Luis. *El tamaño de mi esperanza*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994.
- Borges, Jorge Luis. *Fervor de Buenos Aires*. Buenos Aires: Emecé, 1974.
- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*. 4 vols. Barcelona: Emecé, 1989-1996.
- Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1969.
- Petit de Murat, Ulyses. *Borges - Buenos Aires*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1980.
- Vázquez, María Esther. *Borges, sus días y su tiempo*. Buenos Aires: Javier Vergara, 1984.

### Apéndice gráfico <sup>2</sup>



El Buenos Aires de los primeros poemas de Borges: una ciudad de calles rectas y solitarias, y casi sin personajes, salvo austeras y huidizas siluetas (calle México, desde Boedo hacia el este, 1917)

---

<sup>2</sup> Las tres primeras fotos provienen del Archivo General de la Nación Argentina. La cuarta es del autor



En el argumento para la película *Los orilleros*, escrito por Borges y Bioy Casares, la acción transcurre en Almagro hacia 1900. Ese barrio era entonces una zona de viejas quintas y callejones de tierra apenas iluminados por algún tenue farol (Calle Treinta y tres y Rivadavia, en dicha época)



Los barrios de las orillas lindaban con el campo abierto. (Callejón que desde la calle Díaz Vélez se abría hacia los baldíos del actual Parque Centenario, 1926)



Casa de la calle Anchorena 1670, donde Borges vivió varios años a partir de 1939 y donde escribió "Las ruinas circulares"